

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 15 DE JULIO DE 1923

NÚM. 20.110

IMPRESIONES DE UN CAMINANTE

LA NATURALIZACION FLORENTINA DE RAFAEL



En esta hora ya de hablar del Palacio Pitti. Entramos en él desde el Palacio de los Oficios, por las galerías que atraviesan el Puente Viejo. Hemos visto, pues, el interior del Palacio Pitti antes

de ver su exterior. La primera impresión que recibís en aquellas salas es ésta: ya no estáis en Florencia, en vuestra Florencia.—Suntuosidad, opulencia, fausto; pero ya no gracia, exquisitez, pureza ingrátita. Esto no es ya la reencarnación clásica que hemos encontrado en nuestra Florencia, belleza primaveral o adolescente; ni tampoco el clasicismo viril y hercúleo de Roma. Esta es una Florencia neoclásica. Un recuerdo pesa sobre nosotros: Versalles, con sus salas decorativas y pomposas, cobijos de un amor senil. Las escenas mitológicas, desde los techos, infunden en cada uno de esos salones un nombre sonoro: sala de la Ilíada, sala de Júpiter, sala de Venus... Pero hay un no sé qué de sacrilegio en esas dedicaciones. El arte se exhibe aquí como un valor de ornato; ha perdido el divino desinterés. Algo nos dice que los dioses son aquí chambelanes y escanciadores de los magnates que quisieron darse una ilusión de apoteosis. Acaso esas figuras de las divinidades helénicorromanas sufren aquí su infierno, reducidas a servidumbre de gentes infieles, que las hacen servir de protectoras y medianeras para su liviandad, a manera de dólmenes sobre sus lechos...

En el fondo de toda imitación late siempre una pedantería. Todo el arte neoclásico, a pesar de su afán por depurar las formas, es un esfuerzo de advenedizos. Cuando el Rey Sol es esculpido como un César, en estatua ecuestre, es un disfrazado para un baile de corte...



En el Palacio Pitti, cuando lo visitamos, se exhibía una exposición de las escuelas italianas de los siglos XVII y XVIII. Nada más ajeno a la espiritualidad florentina. Era el otoño de Italia, por contraste con la Primavera simbólica. La luz primitiva moría; subía la noche desde la truculencia escenográfica y cruenta. Bolonia y Nápoles imperaban; Roma reflejaba allí su ocaso violento, como en los días de su Imperio moribundo.

Pero los cuadros permanentes del Palacio Pitti nos consolaron de aquella visión sombría. En él no hay apenas primitivos, ni decadentes. Es la edad varonil de la pintura. No encontramos la Florencia de los días abrileros, sino la de plenitud; ya no es el capullo, ni la flor, sino el fruto.

Pasemos ante los magníficos ejemplares venecianos, cuyo espíritu nos poseerá totalmente al visitar a su Venecia. Dejemos el *Concierto* de Giorgione, que tan jugosamente estilizó D'Annunzio en una página de *Il Fuoco* (si no recuerdo mal). Dejemos la *Magdalena* de Tiziano, que envuelve con la opulencia de su cabellera su desnudez pecaminosa, valiéndose de su belleza para ocultar su belleza; pintura análoga a la que hemos visto en

el Museo de Nápoles y a la que se guarda en el Ermitage de Petrogrado. Dejemos los retratos que nos ven pasar, acaso con una serena conciencia de la inmortalidad que les dieron Tiziano, el Tintoretto y el Veronés. Dejemos también a Andrés del Sarto, cuya verdadera morada encontraremos en otra excursión florentina. Prescindamos de los ejemplares maravillosos de la pintura extranjera, como algún Rubens, algún Van-Dyck y algún Rembrandt. Detengámonos, al pasar, ante el *Descendimiento*, de Fra Bartolomeo, en el cual la pri-

mitiva fervorosa se junta con los incisos del valor sentimental y la ingenuidad se torna ya conciencia humana del dolor.



Pero el Palacio Pitti encierra, por esencia, la mocedad de Rafael, la naturalización florentina de Rafael, su aprendizaje toscano. Florencia contiene dos primaveras inmortales: la que pintó Botticelli y la que vivió Rafael. Este es el Rafael de las dulces personificaciones femeninas. Botticelli había pinta-

do Vírgenes, aun en su idealización pagánica, aun con la paradójica maternidad incipiente y visible. Rafael divinizó a la Madre, conservándole su expresión virginal. Botticelli pintó a sus Vírgenes en radiación celeste, en éxtasis paradisiaco. Es verdad que la belleza juvenil de aquellas imágenes está ya más cerca del amor humano que el hieratismo simplemente adorable de las primitivas Coronaciones, las del Angélico, Piero Lorenzo o Raffaellino del Garbo. Pero Rafael Sanzio nos muestra ya una plenitud de valor humano en sus Madon-



LA SIESTA, DIBUJO ORIGINAL E INÉDITO, POR E. IGUAL RUIZ

nas, divinas a fuerza de ser humanas, porque idealizan la Maternidad, coronándola como nueva pureza femenina, compensación triunfante de la pérdida, pureza sexual. El verdadero precedente florentino de esta humanización se encuentra, para mí, en Fra Filippo Lippi, cuyas Virgenes Madres, un poco vulgares de facciones, han descendido humilde y graciosamente a la categoría humana, y adoran, extasiadas, al Hijo con una sabrosa fluctuación, cariñosamente inhábil, entre el amor al fruto de sus entrañas y el respeto al Dios...

Recordemos, por ejemplo, la Madonna del Cardellino. Jamás pudo soñarse mayor infusión de idealidad en tan intensa valoración de realidad. Jamás pudo llegarse a mayor exactitud en la interpretación de un solo elemento de la mujer: la Madre, tan lejos de la Diosa como de la Hembra; tan lejos de la belleza divinizada como de la humana turbación sexual. El pintor ha depurado, en una quintesencia, la belleza femenina, separándola de toda idea de placer tangible. Sus Madonnas no inspiran adoración ni amor humano; sino ternura, piedad filial, la emoción de un retorno a los años infantiles, una añoranza del regazo y la mano guiadora. A lo lejos, un paisaje placentero armoniza o rima con la escena de cándida simplicidad. Y los dos niños, Mesías y Precursor, juegan con el juguetero mansamente acogido, que no preso, en las manos pueriles... Hay en esa tela y en sus similares un nuevo sentido clásico. Diríase una olvidada forma mítica, vínculo entre lo temporal y lo eterno, luminoso como el descubrimiento de una tierra espiritual o paradisíaca. Canta el paisaje una paz jovial, exenta de inquietudes místicas y de anhelos extrahumanos, una sonriente conformidad con la vida, porque es bella como esa Madre joven, cuya mano protectora sentimos sobre el cuerpo retornado a su niñez, en los caminos incógnitos...

Suele compararse esa Madonna con la llamada Bella Jardinera, que está en el Louvre, y con la de la Pradera, que está en la Galería Imperial de Viena. Pero, en más amplia generalización, pue-

den incluirse en su misma calidad espiritual la Madonna del Pozo, la del Paseo, y aun las Sagradas Familias que también reciben sus respectivos nombres por la circunstancia de un detalle típicamente sugestivo: la Ventana, el Pez, la Rosa, el Lagarto, la Perla, el Cordeiro... Esas designaciones añaden no sé qué misterioso prestigio a la dulzura familiar; tienen algo de juguetes remotamente unidos a jornadas risueñas de nuestra infancia, cuando la Muerte no era todavía el fantasma inseparable de nuestra acción, y teníamos, por tanto, una conciencia de niños inmortales. Y precisamente la Divina Infancia es lo que ha querido plasmar el pintor.

Aquí está otra diversa interpretación rafaelesca de María: es la Madonna del Baldacchino. Aquí la Madre Virgen es ya Reina, Reina humana en su trono, escoltada por santos, amparada por ángeles que vuelan en torno a su dosel. A sus pies, otros dos ángeles, más pueriles ya, deletrean la inscripción de un lazo. Aunque en forma más directamente humana, ésta es la manera de la Madonna de Foligno, o la de San Sixto, que están guardadas en la Galería Real de Dresde. Son ya cuadros de iglesia, fondos de capilla, con una intención hierática inferior a la de los Primitivos, porque la ambigüedad del Renacimiento ha caído sobre ellas como una sombra. Nos hemo alejado ya de la ternura familiar de aquellas Madonnas al aire libre, en comunión con la Naturaleza; no es ya la manera idílica, más penetrante para nuestro corazón. Aquellas Madonnas parecen predestinadas al culto doméstico, como nuevos lares ofrecidos a nuestra ternura, dedicaciones del hogar, y cuyo sitio natural es la cabecera de nuestros lechos, para ahuyentar los incubos y los malos sueños, y purificar nuestra paternidad. En cambio las atmósferas del tema mariano, destinadas al culto colectivo, pierden en intensidad emotiva lo que intentan ganar en riqueza plástica.

Pero hénos ya delante de las dos Madonnas que concentran la naturalización florentina de Rafael. ¿Quién no las conoce? Son la del Gran Duque y la de la Silla. La primera, menos divulgada, es más pura. Tiene la Virgen una noble dignidad monacal. Sus párpados, cubriendo a medias las pupilas, guardan la pudorosa modestia de la «Esclava del Señor». Me recuerda su gesto aquella cabeza ideal de la Madonna de Nápoles. Pero ésta de Florencia tiene todavía más divina absorción.—Frente a ella, la Madonna della Seggiola es la más humana de todas. No encuentro palabras para designar el tinte de su cara, la palpitación de su pecho bajo la presión del Niño. Taine hizo notar el contraste entre una y otra. La segunda le pareció una bella sultana, circasiana o griega..., que se inclina sobre su niño con un bello gesto de fiera, y sus ojos claros, sin pensamiento, miran libremente a los vuestros. Sin duda ésta es la humanización extrema de la maternidad; y el motivo de su éxito vulgar está en que se ha acercado íntimamente al corazón de la multitud, habiendo perdido el fulgor de la fe primitiva.

Pero en esas dos Madonnas he visto la estirpe florentina de la feminidad creada por Rafael. La primera, sobre todo, me parece la última gran encarnación toscana, la última Doncella de la dinastía que empieza en Beatriz y cuyo arquetipo plástico nos dió Botticelli. ¡Curiosa evolución inversa! Beatriz es la mujer mortal, exaltada a símbolo teológico por la acentuación de su valor divino. María, en esa última plasmación rafaelesca, es la mujer divina reducida a fuerte vitalidad mortal por la acentuación de su valor humano.

Pero, aun junto a esa palpación material, ¡cuán débil resulta la dulcedumbre de otra Virgen cuya conocida imagen nos sorprende al paso, no lejos de aquéllas! Es la Virgen de Murillo. Y Murillo fué el que, a un tiempo, llevó al extremo la vulgarización doméstica de esos temas, y creó una nueva espiritualidad para ese tema virginal, en sus Inmaculadas. Pero ni su valor humano tuvo la

fuerza clásica de las Madonnas, ni su valor divino alcanzó la primitiva pureza de las Coronaciones. Dos decadencias contrarias operaron sobre él: la de las interpretaciones humanas y la de las divinas, como producto de los tiempos en que llegaba la fe a su suprema crisis.

El otro Rafael no está ausente del Palacio Pitti; pero sus huellas no son ya formas de ciudadanía florentina, ni aclimataciones de espiritualidad ajena en el jardín toscano. Ahí está su Donna Velata, en quien se ha visto a la Fornarina. Aun sin quererlo, esa mujer nos sugiere las facciones de la Virgen de la Silla, cuyo modelo fué tal vez, sin que el pintor alcanzase a verter a lo divino sus formas vivamente humanas, como hacían los místicos con las sutilezas de las composiciones eróticas.—Ahí está la Visión de Ezequiel, reducción pagana del zoomorfismo de los Evangelistas, un poco a la manera de Miguel Ángel. Es la incorporación del pintor en la paginidad de su obra plena. Recuerda los frescos de la Farnesina.—Ahí están, en fin, los retratos de Julio II y León X. El primero con su aspereza patriarcal semítica, el segundo con su imberbe perfil de Vitelio, dan la norma de los dos elementos que convivieron en el trono pontifical, Moisés y César. León X, singularmente, vuelve aquí a sus dominios paternos, como una sombra que reaparece en el ámbito natal, para atestiguar la máxima grandeza jerárquica de los Médicis.

Salimos al exterior del Palacio Pitti. Y por compensación a ese recuerdo de la rápida vida de Rafael, florecida en la gracilidad de las Madonnas y coronada en la escenografía fastuosa del Vaticano, nos sorprende una obra graciosa de su mejor discípulo: Julio Romano dirige, en honor nuestro, la danza de las Musas, en torno a Apolo, con ágil révuelo de las vestiduras transparentes. Son todavía, más humanas pero mucho menos divinas ya, las Musas boticellianas de la Primavera florentina, que un pintor romano de decadencia agita por última vez, sobre los muros inmortales.

Gabriel ALOMAR

El tercer acto del DANTON de Romain Rolland

ESTAMOS ante el Tribunal revolucionario. Acusa Fouquier-Tinville. Herman, preside. A su alrededor se agrupan los jueces y jurados. En el banquillo aparecen Danton, Camilo Desmoulins, Herault, Philippeaux, Westermann, Chabot, los Freys, Fabre d'Eglantine. Este último, muy enfermo, sentado en un sillón. En la primera galería, entre el pueblo que asiste a la vista, se distingue al famoso pintor David con algunos amigos. Las ventanas de la sala están abiertas. Por ellas entra el murmullo del pueblo, que se agolpa frente al edificio. Por un ventanuco que se halla detrás del presidente, aparece de vez en cuando la cabeza de zorro de Vadier, que vigila la marcha del proceso.

Danton se agita impaciente. Desmoulins parece anonadado. Herault, muy compuesto y silencioso, como en una recepción, sonríe y mira a su alrededor. Philippeaux, dura la mirada y prietas las mandíbulas, se prepara a responder al ataque. El doliente Fabre, hundido en el sillón, parece sin fuerzas. El público se apretuja, lleno de ansiosa curiosidad y contenido por los gendarmes, como si asistiera en el teatro a un interesante melodrama que le divierte y emo-

ciona intensamente a un tiempo mismo.

Danton estalla, e increpa con su voz de trueno al presidente: «¡Dame la palabra!»—le grita—. Protesta de sentarse en un mismo banco con ladrones y judíos. Sus voces estentóreas causan júbilo en el pueblo. Herault y Philippeaux, el primero más sereno y el segundo más astuto, le aconsejan tranquilidad y cordura. A los gritos y risas de Danton, se oye la voz del pintor David, que dice: «Dejadme tomar un apunte de las fauces de esa fiera; la posteridad se admirará luego ante este cráneo de gorila.» Danton, descubriéndole entre el público, vocifera: «¡Mirad: ahí está ese bellaco de David, con la lengua colgando, llena de babas, como un perro rabioso.»

El pobre Camilo Desmoulins, lívido, desfallece como una damisela. Recuerda a su amada Lucila, a la que no volverá a ver más. Danton le anima con rudas palabras llenas de ternura. Fabre, en su turno, convencido de que están condenados de antemano, se burla donosamente del presidente y, al final, le dice al acusador, entre grandes carcajadas del público: «Fouquier, harías mejor en hacerte cortar ahora mismo la cabeza: tengo un terrible dolor de muelas.» He-

rault se defiende dignamente, serenamente. Cuando llega su vez a Desmoulins, éste sufre un mareo. El pueblo se mofa de su debilidad. «Tengo la misma edad de Cristo cuando fué sacrificado: treinta y tres años»—contesta a una pregunta de Herman—. Danton y Philippeaux le animan, increpando al fiscal y al presidente. «No tenemos tiempo que perder»—dice Fouquier-Tinville—. Danton ruga: «¿A qué hora tienes que entregar nuestras cabezas? ¿No puedes esperar unos minutos, verdugo?» Herault, Fabre y los demás acusados se suman a la protesta. Por fin, Desmoulins se rehíce, y con palabra trémula, pero inspirada, que le va arrebatando poco a poco, y que dirige frecuentemente al pueblo, trata de defenderse, acusando a su vez. La idea de la muerte le domina, sin embargo, presintiendo que todo será inútil. Termina con las palabras de Salomón: «Yo encuentro que los muertos son más felices que los vivos, y el más feliz de todos aquel que no nació nunca.»

Mientras Danton, emocionado, abraza a Camilo, alguien le advierte que le ha llegado su vez. Danton se pone en pie y se acerca al Tribunal. Da miedo. Parece un toro dispuesto a acometer. El

pueblo se agita con rumores de tormenta: «¡Ése es!... ¡Ya está ahí Danton!... ¡Miradle!»—dicen las voces—. Pregunta el presidente. Responde Danton: «¿Mi domicilio? Pronto, en la Nada. ¿Mi nombre? En el Panteón.» Al oírse acusar de haber conspirado contra la libertad, Danton rompe a reír estrepitosamente, agarrándose a la barra para no caer. Es una risa terrible, como el rugido del huracán. El pueblo le secunda con una carcajada unánime. Los sorprendidos jueces, el resto del público y hasta los mismos acusados, sufren el contagio de la risa de Danton y se ríen a su vez. Toda la sala retumba en una carcajada homérica que dura largo tiempo. Danton golpea con sus puños la barra y, sin dejar de reír, exclama: «La libertad conspirando contra la libertad! ¡Danton conspirando contra Danton! ¡Miserables de vosotros! ¡Miradme a la cara: aquí está la libertad. En este rostro imprimió su sello salvaje; por el fuego de estos ojos despiden sus llamas volcánicas; en esta voz está ella, a cuyos rugidos tiemblan hasta en sus cimientos los palacios de los tiranos. Tomad mi cabeza; clavadla en el escudo de la República. Como la cabeza de Medusa, ante ella morirán los

espanto los enemigos de la libertad.»

El pueblo, sugestionado, aplaude a Danton con frenesí. A las acusaciones del presidente, Danton responde, sarcástico y feroz, con exaltación creciente, que se desborda en una elocuencia avasalladora. La sala tiembla y retumba a los rugidos que salen por su poderosa garganta de titán. La roja pelambre se agita como un haz de llamas. Danton está imponente. Herman pierde terreno ante la arrolladora avalancha. «¿De qué se me acusa? — le grita Danton —, ¿de amar la vida, de gozarla? Cierzo, amo la vida con pasión. Todos los pedantes juntos de Arras y de Ginebra no lograrán ahogar la alegría que se desborda por los pámpanos de una parrilla. ¿Es que tendré que avergonzarme de mi fuerza? La Naturaleza, que me dió formas atléticas, dióme poderosas necesidades también. ¿De qué os quejáis? Esta energía vital mía os ha salvado a todos. ¿Qué os importa que yo pase mis noches en el Palais Royal? No por eso le he robado ni una sola caricia mía a la libertad. Mis músculos tienen fuerza de sobra para

todos los abrazos. ¡Miserables! ¿No os da vergüenza de echarle en cara lo que come y lo que bebe a Danton? Si tenéis la felicidad de contar con un grande hombre entre vosotros, no le escatiméis el pan que necesita. Necesidades, pasiones, sacrificios, todo hay que medirlo con un rasero distinto del de los demás. Aquiles se comía un toro de una sentada. Si Danton precisa de abundante alimento para calentar su caldera, echádselo sin calcular: aquí está el fuego que os mantiene a raya las fieras que acechan para caer sobre la República.»

Aprueba el pueblo con voces y murmullos. Danton pide la presencia de testigos. Los demás acusados le secundan enérgicamente. Herman y Fouquier-Tinville se debaten en una situación que empeora por momentos. Los acusados se dirigen al pueblo. Danton grita: «Queréis acorralarnos, pero no lo conseguireis. Mi voz removerá todo París, hasta en lo más hondo de sus entrañas. ¡Luz! ¡Luz! El pueblo, como un eco, repite: «¡Luz! ¡Los testigos! ¡Que vengan los testigos! Un huracán de bravos y gritos estalla en la sala. David y sus amigos, que protestan, son golpeados por la muchedumbre. Los jueces están demudados. Fouquier-Tinville dice que va a escribir a la Convención transmitiendo los deseos de los acusados y del pueblo. Danton y los suyos, llenos de júbilo, consideran ganada la partida. Camilo Desmoulins vuelve a vivir. Sólo Herault, que no ha perdido su serenidad ni un solo instante, desconfía.

Danton siente de nuevo todo el poderío de su fuerza. Anima a sus amigos y se mofa del Tribunal. Habla con el público, lo arenga desde el banquillo. «Si este pueblo de París es como yo creo, dentro de nada tendré que pedirle yo mismo perdón para estos rufianes» — exclama, generoso aún al borde de la guillotina.

Mientras se espera la respuesta de la Convención a la carta que con un soldado le ha dirigido Fouquier-Tinville, prosigue, con el interrogatorio de Philippeaux, la vista. Le sigue el general Westermann. El diálogo entre el presidente

y el fiscal con los acusados se hace cada vez más violento, cambiándose increpaciones e insultos. La opinión del pueblo, que interviene constantemente, está dividida. Sin embargo, se aplaude a Westermann. Uno solo que tomase la iniciativa, y la causa de los acusados quedaría ganada en el instante mismo. Pero todos se sienten vigilados y nadie se atreve a ser el primero. A esto entran en la sala Vadier y Billaud. Al verlos, el público grita: «¡Ahí está ya la respuesta de la Convención!» Billaud dice entre

ofensas: «¡Esos canallas! ¡No se nos escapan!» Fouquier-Tinville lee la respuesta de la Convención. Es denegatoria. Es más: contiene nuevas acusaciones contra los procesados y contra la propia mujer de Camilo Desmoulins. El pueblo se irrita, protesta, vocifera. Exasperado por las voces, y hasta insultos, que le dirigen Danton, Desmoulins, Philippeaux y Westermann, parece que se va a lanzar de un momento a otro sobre el Tribunal. Danton grita: «¡Pueblo: nos asesinan y con nosotros te sacrifican a

ti mismo! ¡Que asesinan a Danton! ¡París, alzáte en defensa suya!» El general Westermann exclama: «¡A las armas!» El pueblo repite el grito: «¡A las armas!» De la muchedumbre que está fuera llega un sordo alarido.

Vadier y Fouquier-Tinville, para salvar el momento crítico, ordenan que los acusados sean devueltos a su prisión. Ya que no le guardan al Tribunal los respetos debidos, serán juzgados en ausencia suya. La multitud queda atónita un momento; aumentan luego sus murmullos. Herault, sacudiéndose un poco de polvo que tiene en la solapa de su levita, exclama: «¡Listos.» Danton se deja conducir por los gendarmes, como derrumbado. «Todo se ha perdido — dice —. Calma, Danton, calma; se ha cumplido el destino.» Desmoulins, aterrizado, se resiste desesperadamente. Westermann le dice a Danton: «¿Por qué no aprovechas la exaltación del pueblo? Una palabra tuya, y todo cambiaría.» Danton se encoge de hombros, despreciativo. «¡Esa canalla! — contesta —. ¡No me hables! Público de teatros, que está encanta-

do con el espectáculo que acabamos de dar a sus ojos. Por lo demás, a mí se me da de todo esto una higa. La República está perdida: prefiero morir antes.»

Salen los procesados. El público, cuya marea crece por momentos, sigue indeciso. Fuera, el tumulto es cada vez mayor. Fouquier-Tinville se asoma a una ventana. Se oyen los rugidos de Danton coreados por la multitud: «¡Queremos la libertad de Danton!» — gritan las voces—. El asalto es inminente. Por fin, la muchedumbre, rompiendo puertas y bancos, arrollándolo todo, irrumpe en la sala. En este momento aparece Saint-Just. El pueblo, al descubrirle, se detiene cohibido. Vadier, que aparece detrás de Saint-Just, aprovecha el momento. Y dirigiéndose a las masas, dice: «Ciudadanos: la Comisión de víveres de la República pone en conocimiento del pueblo que esta tarde, en el muelle de Bercy, se repartirán los anunciados cargamentos de madera y harina...» La multitud, ante la fausta nueva, despeja precipitadamente la sala. Nadie quiere llegar tarde y exponerse a perder su ración. Vadier, irónico, viendo cómo se aleja, ya conjurada, la tempestad: «El corazón es bueno; pero el estómago es mejor.»

Vuelven los jurados. Continúa la vista. Los acusados son condenados a muerte. Queda luego desierta la sala y en ella Saint-Just, Vadier y Billaud. Los tres se lanzan miradas irreconciliables. Vadier exclama: «Ha sido derrumbado el coloso. Ya puede respirar la República.» Billaud, mirando ferozmente a Saint-Just, dice: «La República no será libre hasta que los dictadores no hayan desaparecido.» Saint-Just, mirando con dureza a Billaud y Vadier, responde: «La República no será pura hasta que dejen de existir las aves de rapiña.» Vadier, sarcástico: «La República no será libre, la República no será pura hasta que deje de ser la República.» Saint-Just: «La Idea no necesita de los hombres. Los pueblos mueren para que viva Dios.»



El 14 de Julio.—LA LIBERTAD GUIANDO AL PUEBLO A LAS BARRICADAS, CUADRO DE DELACROIX

DE GUERRA JUNQUEIRO

MORENA

«No niegues, declara que te causa pena el que otras mocitas te llamen morena.

Mas no me agradara, sin embargo, a mí que tu rostro fuera color del jazmín.

Ya sé que te arguyo con débil razón, porque ¿qué te importa que me agrade o no?

Aun con sus corolas oscuras, las violas trascienden a edén. Y es mayor su hechizo porque Dios las hizo morenas también...

La más rara eres de todas las rosas. Las cosas más raras son las más preciosas.

¡Rosas! Las hay dobles y las hay sencillas; unas son bermejas y otras amarillas. Las hay de alba nieve y de áureo tisú. Mas rosas morenas, sólo hay una: ¡tú!

Y piensa en que fueron morenas, y bien, las más bellas hijas de Jerusalén. La Virgen María no sé... Mas sería morena también.

Moreno era Cristo. Con esto previsto ¡ya no tendrás cuitas, ni te dará pena cuando otras mocitas te llamen morena!...

Tradujo,
Miguel de CASTRO

Enrique DOMÍNGUEZ RODRÍO

EL NIÑO QUE QUERÍA SER REY

CUENTO PARA NIÑOS POR ANGÉLICA PALMA

ESTE era un niño que quería ser rey. Desde muy pequeñito andaba a vueltas con el mismo pío pío: —Yo quiero ser rey, yo quiero ser rey.

¿Pero a santo de qué se había metido semejante idea en la cabecita rubia, y con frecuencia despeinada, de Chito, de Napoleoncito?

Opinaban unos que la culpa la tuvo su nodriza, pues nunca supo decirle otra tontería cariñosa que rey del mundo; y si era a media noche, cuando el angelito daba en la flor de desvelarse y berrrear, la infeliz, como si le dieran cuerda, repetía incesantemente: —¡Cállate, rey del mundo! ¡Duérmete, rey del mundo!

Otros opinaban que los cuentos de la abuela eran los causantes de la majade-

—No digas eso, hijito—le aconsejaba—; ya no eres un chiquitín; ya estás en edad de comprender que para ser rey hay que ser hijo de reyes; ni tu papá ni yo lo somos. ¿Tú querías no ser hijo mío con tal de ser rey?

No; Chito no quería eso; pero sí le gustaría que su mamá fuera reina. ¡Qué bonita estaría con una corona de brillantes sobre su lindo pelo, y un gran manto dorado, de cola muy larga, muy largal!

—Vamos, veo que porque no soy reina me quieres menos—dijo la mamá.

Chito la dio muchos besos para vencerla de su error; en realidad era un buen chico y amaba a su madre sobre todo en el mundo: más que a sus libros de estampas, más que a su velocípedo,

lo secó las lágrimas, lo llevó a la cama y, después de rezar con él y besarlo, se fué, recomendándole que se durmiera pronto.

Chito se durmió y soñó. Soñó que se hallaba sentado en un trono resplandeciente, con una corona de pedrería en la cabeza, el cetro en la mano y envuelto en una túnica adornada de armiño. Guapísimo estaba; parecía un rey de baraja. Sólo extrañaba no verse en un salón magnífico, rodeado de guardias y chambelanes; las gradas de su trono se elevaban en una praderita tapizada de hierba; de pronto, en esta pradera empezaron a surgir árboles, por cuyos troncos subían hiedras, jazmines y campanillas, y rosales en flor y claveles, y lirios y azucenas y cuanto Dios creó en materia de flores. Y las flores hablaban: las unas, inclinando sus largos tallos, como si hicieran una reverencia; aquéllas, asomándose, curiosas, entre las matitas verdes: las magnolias, orgullosas, desde lo alto del árbol frondoso; todas, todas, hablaban y decían a Chito: —Señor: tú eres nuestro rey; tienes derecho de vida y muerte sobre nosotras; cuanto tenemos es tuyo: la sombra de los árboles donde brotamos, el apoyo de sus troncos, la miel de nuestras corolas, la alfombra de nuestros pétalos, nuestros perfumes y nuestros colores, todo es tuyo; pero protégenos, señor; defiéndenos de nuestros enemigos.

Chito se puso de pie y llevó la mano al cinto, donde creía tener un acero toledano con la empuñadura empedrada de rubíes; pero al desenvainar la espada vio que era la misma de hoja de lata que el día de su santo le regalaron en un cartón, junto con un kepi y una cartuchera; se hizo el desentendido y la blandió varias veces en el aire para alentar a sus vasallos; luego, volvió a sentarse y se entretuvo con el canto de un ruiseñor que también debía ser súbdito suyo, puesto que en la copa de uno de sus árboles trinaba; en esto oyó a sus pies como si sollozaran bajito, como si se quejaban muy quedo; descendió del trono y empezó a buscar; nada encontraba; al fin, separando unas hierbas altas, vio unas violetas casi marchitas.

—Señor—le dijeron, con una vocecita como un suspiro—, te olvidaste de nosotras y no viste crecer en torno nuestro estas malas hierbas que nos han ahogado.

Y las pobres violetas doblaron sus cabecitas mustias.

Chito, colérico consigo mismo y con las hierbas, arremetió contra ellas, segándolas a mandobles o arrancándolas a puñados, como podía; pero en esto, de un rosál vecino, una voz plañidera clamó:

—¡Señor, auxilianos, que unas hormigas negras nos devoran!

Corrió Chito al rosál y lo encontró plagado de bichos asquerosos; empezó a matarlos, y por cada uno de los que aplastaba salían lo menos tres. Aunque le picaban, seguía valientemente en su tarea destructora, y de seguro habría dado fin con ellos a no interrumpirlo unas azucenas, suplicándole:

—¡Señor, agua, por piedad! Ni una sola vez nos has regado; nos morimos de sed.

Voló Chito hacia un arroyo, que no lejos del trono había visto; pero durante el camino hicieron coro a los quejosos, tulipanes, claveles, jacintos, alhelíes y

hasta el ruiseñor, que se balanceaba en la rama de una acacia, formando algarabía tal, que el monarca, agarrándose a dos manos la cabeza, pensó que más cuerdo era llegar a su augusto sitio y allí, sentadito, idear un plan salvador. Mas, ¡ay!, el trono había desaparecido, y al encontrarse sin él sintió Chito una pena tan grande que la misma angustia lo despertó.

Como aquella mañana no tenía colegio se la pasó vagando por la casa, callado y cabizbajo; su mamá lo llamó a solas para preguntarle qué le ocurría. Entonces el niño le refirió su sueño de la noche anterior, y como por angustia o por mangas siempre volvía con su pleito, terminó el relato con esta reflexión:

—Mi Historia Sagrada dice que los faraones siempre se hacían explicar sus sueños; ya ves qué bien interpretó José ese de las siete vacas gordas y las siete vacas flacas. ¡Caramba! ¡Yo quiero ser rey!

La madre, riéndose, contestó:

—Por eso no lo hagas, pues yo te voy a explicar tu sueño; sólo es preciso que me digas con mucha atención para comprender bien.

Chito, que estaba sentado en el mismo sofá que su madre, se arrodilló delante de ella y apoyó los codos en su falda y la barba en las manos para escuchar mejor. Yo creo que a la mamá la molestarían un poco los coditos del muchacho; mas como no lo dijo, continuaron en la misma posición, y ella habló así:

—Tú dices continuamente: «Yo quiero ser rey»; pues anoche lo has sido y sólo de ti depende serlo mientras vivas. Esa pradera que dominabas desde el trono es tu alma, y los árboles, las plantas y las flores de la pradera son las buenas cualidades que Dios puso en ti y que, cuando te portas bien, van creciendo y hermosándose; si no las riegas, se secan como las azucenas de tu sueño; si las descuidas, se las comen las hormigas negras o las ahogan las hierbas viciosas, es decir, la mentira, la envidia, la hipocresía, la ira y otras muchas cosas muy malas, que ojalá nunca conozcas, y algunas que, desgraciadamente, no sólo conoces, sino haces. Por ejemplo: cuando riñes con tus hermanos y les pegas, es como si las hierbas malas ahogaran el cariño que les tienes; cuando has roto algo y dices «no fui yo, sino Fulano», los bichos feos, la mentira y la cobardía se han metido en ti; cuando piensas «esta tarde voy donde la vecina tullida, pues siempre me ruega que la visite», y, llegada la hora, dices «no estoy para viejas, prefiero jugar», dejas marchitarse, por falta de riego, una hermosa intención. ¿Me entiendes? Eres rey, lo somos todos. Dios, al mandarnos a este mundo, nos hace soberanos de nuestras personas, de nuestras vidas; pero si dejamos que el mal se apodere de nuestro reino, esto es, de nuestra alma, en el momento menos pensado nos hallamos sin trono, como te pasó a ti en sueños anoche. Ahora ya puedes comprender que tienes un reino de verdad: el todo está en saber ser rey.

Calló la mamá, y Chito, apoyado en su regazo, se estuvo mirándola un buen rato; luego se puso de pie y, esta vez con la seriedad de un hombre serio, repitió su estribillo:

—Mamá, yo quiero ser rey.

Angélica PALMA

Dibujo de BARTOLOZZI.



ría del niño. La buena señora sabía muchos, y todos de reyes: el rey valiente, el rey hermoso, el rey millonario, el rey adolescente, el rey caritativo, el rey justo, el rey risueño, el rey sabio..., ¡uff!, la mar. Y, ¡claro!, Chito, con esos cuentos se imaginó que para tener belleza, valor, dinero, ciencia, virtud y alegría bastaba con ser rey, y mareaba a todo el mundo con el pío pío: —Yo quiero ser rey, yo quiero ser rey.

—Hombre, cambia de registro—le dijo una vez un tío suyo—; di, siquiera por variar: quiero ser emperador; para algo te llamas Napoleón.

Chito miró a su tío, sin tomarse la molestia de responderle ni la de sacarse de la boca el dedo que se estaba chupando. ¡Emperador, emperador! ¿Sería bobo o sordo el tío? ¿Todavía no se había enterado de que lo que él quería era ser rey?

La mamá, con dulzura, procuraba corregirlo:

más que al hermano chiquitito, que a veces le permitían llevar en brazos, y hasta más que a su empeño de ser rey. Por no resentir a su madre pasó mucho tiempo sin decirlo; pero entretanto, estudiando historia en la escuela, descubrió que no todos los que han reinado han sido precisamente hijos de reyes. Una noche, en la mesa, a la hora de los postres, se lo comunicó, muy contento, a sus papás:

—Acordaos de Saúl y de Numa Pompilio—terminó, con el índice en alto.

—Decididamente, este niño es idiota—exclamó el papá, y dando un portazo salió del comedor para marcharse al Casino.

Chito se sintió tan humillado y tan afligido, que, echándose de bruces sobre la mesa, soltó el llanto y ni siquiera quiso acabar sus postres. Menos mal que ya había limpiado el plato de dulce y en el de la fruta sólo quedaban tres o cuatro uvas en el racimo mocho. Su mamá

LA SANGRIA

NOVELA CORTA ORIGINAL DE JOSÉ MÁS

INOCENCIO, que había subido por el lado de la estación a un departamento de tercera minutos antes de arrancar el convoy, descendió por la otra portezuela recatadamente y hundiéndose en la oscuridad de la noche. Momentos después el tren se ponía en movimiento, y era en el inmenso páramo como una larva de anillas negras y metálicas.

A lo lejos, unas luces del poblado, quietas, sin brillo ni reflejos, parecían sepultadas entre la negrura del fondo.

Inocencio pensó en su mujer, es decir, en aquella hembra que ya creía mala, aunque no tuviera para hacer esta afirmación una prueba palpable y concluyente. Bastaba la sospecha, porque los ojos de Inocencio profundizaban mucho. La Eufrasia jugaba con su honra; ahora tenía que poner los medios para sorprender a los culpables. ¡Y vaya si los sorprendería! Con serenidad se iba a todas partes.

Sumido en la penumbra, el pueblo fingía una mancha borrosa bajo la inmensa bóveda del cielo. La paz de los campos era completa. Hasta el viento pasaba sin un rumor, sin una nota; sólo la llanura gris, tendida como una estatua yacente ante la noche silenciosa y enigmática. Sonaron once graves y secas campanadas. Inocencio se embozó en su capa parda, prenda que no abandonaba ni aun en los días más calurosos, y por una vereda estrecha emprendió el regreso a la aldea. No sentía el campesino castellano ninguna inquietud. Latía el corazón como siempre, a pausas cortas. ¿Fallaría aquel plan urdido con tanta calma? No. Ella y él sabían que marchaba a la cabeza del partido, en el tren de la noche, pues al día siguiente era mercado en Medina.

Acercábase al pueblo. Ya la mancha borrosa se había convertido en sombras hinchadas, en retazos plumizos de siluetas trágicas y grotescas. Como un remedo de construcción chinesca veíase avanzar el tejazoz saliente de una portada. En la iglesia, el campanario de espadaña, con sus bronceos torcidos entre su doble arco, producía la impresión de una guillotina que intentase partir las estrellas de un pedazo de cielo. Las viviendas, escasamente iluminadas, perdíanse en la negrura de las calles, estas calles de aldehuella castellana que en las noches sin luna desaparecen tragadas por la sombra.

Inocencio, tan conocedor del terreno, siguió su camino, sin tropiezo alguno, hasta muy cerca de la plaza; luego torció por una callejuela que olía a estiércol y a podredumbre, y hallóse enfrente de un muro de adobe que defendía la entrada al corralón de su hogar. Ni un momento de titubeo, ni el más insignificante temblor en sus recias piernas de campesino. De un salto salvó la altura del muro y deslízase cautelosamente por el paredón, hasta tocar con sus pies la tierra apelmazada del solar. Se detuvo. Todo era silencio y quietud. ¡Bien empezaba la faena! A tientas, pues el resplandor de las estrellas no conseguía aniquilar la sombra, avanzó con mucho cuidado hasta subir por una escalerilla que daba acceso a la puerta trasera de su casa. Empujó aquella puerta, primero, suavemente; después, con más energía. ¡Maldición! Cerrada por dentro, resistíase. No había momentos que perder. Apoyó el hombro en aquel débil tablero, y con un formidable esfuerzo de sus múscu-

los hizo saltar la cerradura. Rápidamente, y ya juzgando inútil toda clase de precauciones, siguió hacia la alcoba de su mujer. ¡Pero los infames sabían guardarse! Aquella puerta estaba también cerrada. Indeciso, se detuvo unos segundos, y a sus oídos afinados llegó el murmullo de dos voces: una de ellas como un susurro de angustia; la otra casi apagada por la sorpresa y el temor. ¿Qué hacer? ¿Echaría por tierra de un empujón aquel nuevo obstáculo que se atravesaba entre los culpables y su venganza? No; porque la puerta era más fuerte que la primera y resistiría a sus esfuerzos. Era mejor fingir que no había advertido nada, y desde allí fuera tranquilizar a su mujer para no levantar la caza. Dispuesto ya para toda clase de contingencias, Inocencio, con una calma que le envidiarían los hombres más templados, habló así:

—¡Abre, boba! Soy yo, que he perdido el tren. Llamé a la puerta principal, hace poco; pero como no me respondía nadie, temí que estuvieses enferma y he forzado la entrada por el corralillo, como un bárbaro. Perdóname; pero no ha sido mi intención asustarte.

Inocencio, después de pronunciar estas frases con voz clara y serena, inclinó el cuerpo y, pegando el rostro al marco de la puerta, miró por el ojo de la cerradura. ¡Por San Lucas!, patrón de las desgracias conyugales, tiempo era ya, porque en aquel instante Inocencio vió abrirse una ventana de la alcoba y saltar por ella, con la limpieza de un gimnasta, a su amigo Isabelo, alcalde y cacique de la aldea. ¡No se había engañado! Mientras, la mala pécora seguía sin responder. Gritó de nuevo.

—¡Eufrasia! ¿No me has oído?

Exaltándose ante aquella pasividad y aquel silencio, comenzó a dar puñetazos sobre la puerta. Nada consiguió. La adúltera esperaba tal vez a que el amante desapareciera en la oscuridad de la calleja o se disponía a cerrar la ventana antes de responder a su marido. Inocencio tomó entonces una resolución extrema: de tres violentos empujones hizo saltar también la cerradura de esta puerta, y como enloquecido entró en el dormitorio. El aldeano, con sus ojillos penetrantes de alimaña, vió que todo estaba en orden; pero la hembra infiel, sin poderlo evitar, lanzó un grito de terror.

—¡Vamos, cálmate!—decía mansamente el Inocencio—. Tú has tenido la culpa de lo que ha pasado, por no contestarme. Creí que te daba algún mal y por eso empujé la puerta con tantos bríos.

Ella lo miraba recelosa, no comprendiendo aún cómo había podido conjurar el peligro. Indudablemente, Dios o el diablo velaban por su vida. Nada tenía que temer. Inocencio mostrábase tranquilo, confiado, sereno. En sus palabras, dulces y tiernas, la adúltera no pudo notar ni la menor ironía.

—¡Vamos, vamos, Eufrasia!—repetía el aldeano—, perdóname. ¿Te has asustado, boba? ¿Sí? ¡Por vida de Santo Domingo! ¡Si soy un bárbaro! Debí no desesperarme ante tu silencio y llamar varias veces. Quién sabe si estarías en el primer sueño y la sorpresa te puso un nudo en la garganta. Eso no tiene nada de particular. Ocurre muchas veces, sobre todo en las mujeres que son un manojo de nervios. ¡Tonta! ¿Crees que había en-

trado en la nuestra casa un ladrón? ¿Si era tu maridito, simplota! ¡A ver, a ver!—añadía Inocencio, pasando sus manos callosas por la frente y por el cuello moreno y mórbido de su hembra—. ¡Tienes fiebre! ¡Estás ardiendo! ¿No se te pasa el susto, boba? ¿Quieres que llame al médico?

—¡No, no!—respondía ella, excitada todavía más ante aquel desbordamiento de frases cariñosas y con el rostro encendido como en un principio de congestión.

Pero el marido, complaciente y meloso, no cejaba en su empeño, y sus ojillos brillaban como carbúnculos en lo hondo de sus cuencas.

—¡Sí, vamos a llamarlo ahora mismo! Tienes demasiadas carnes, y ya sabes

ardía al contacto de sus caricias, salió en busca del médico.

—¿Le ha convenido la sangría, verdad, don Ezequiel—preguntó Inocencio, mirando a su mujer con dulzura.

—Sí, señor. Y ha hecho usted perfectamente en llamarme, porque si tardamos un poco más la cosa hubiera sido grave. No repita la función con un susto igual, pues se queda usted sin parienta como yo me quedé sin abuelo. ¿Qué demonios ha pasado aquí esta noche, Inocencio?

—La sorpresa, sin duda, don Ezequiel. Eufrasia no me esperaba. Yo tenía que marchar a Medina y perdí el tren. Volví



que, según dice don Ezequiel, eres pro-pensa a los ataques apopléticos. ¡No pongas esa cara, mujer! Anda, llama a la Eustaquia y dile que te prepare una tarta de tilla. Yo, mientras, aviso al doctor. Tal vez con una sangría lograremos que te tranquilices.

—Déjalo, si ya me encuentro bien—clamó la adúltera, aún más inquieta y como si adivinase la proximidad de un peligro indeterminado y confuso.

—¡Bien, bien!—protestaba el esposo, insistiendo en su idea—. ¡Pero si parece que vas a estallar! ¡Si tienes los ojos inyectados en sangre y las mejillas más rojas que los amapolas en un campo de trigo! ¡Ahora mismo voy por don Ezequiel! ¡No faltaría más! ¡Con lo que yo te quiero, Eufrasia! ¡Si te ocurriera algo me moriría de penal!

Y después de besarla en el rostro, que

a casa, llamé y nadie me respondió. Creyendo que había ocurrido algo, aporreé la puerta como un salvaje. Fué inútil todo. Entonces, ofuscadísimo y temiendo alguna desgracia, salté la cerradura y entré en la casa como un ladrón. Ahora me arrepiento de mi brutalidad. ¡Y, vamos, de pensar en lo que he hecho padecer a mi mujercita me dan ganas de cortarme la cabeza con una hoz! Antes de perder a Eufrasia consentiría que se perdieran mis tierras de regadío. La llevo muy dentro de mí. Diez años hace que nos casaron, y mi cariño hacia ella, en vez de disminuir, ha ido en aumento. ¿Pero ya no hay cuidado, verdad, doctor?

—Ninguno. Hemos acudido a tiempo. Ahora dormirá muy tranquila, y mañana se levantará más buena que usted.

—Dios le oiga. Y perdone que sea pesado con mis consultas y mis temores.

Cuando se quiere a una persona como yo quiero a mi mujer, todo se explica. Por lo tanto, dígame si he de darle algo, caso de que se despierte en la madrugada.

El médico sonrió ante la insistencia del aldeano, y repuso jovialmente:

—¡No se despertará, hombre, no se despertará hasta que despunte el nuevo día! Yo se lo aseguro. ¡Ea, tranquilícese!, y hasta mañana, que me pasará por aquí lo más temprano que pueda.

—Bueno. Muchas gracias por todo y que usted descanse, don Ezequiel.

Lo acompañó hasta la puerta de la casa, y cuando el médico desapareció entre las tinieblas de la noche, Inocencio, un poco lento, torrió a la alcoba donde ya dormía plácidamente la esposa infiel. Sobre la blancura del lecho, la faz pálida de la aldeana parecía de marfil. La pobre mujer, falta de plétora, extenuadísima por la sangría, era como un cuerpo sin vida. Cerrados los ojos, sin fuerzas para mover ni un solo músculo, yacía allí, bajo aquella sábana donde momentos antes vibrara de pasión o de lujuria. Inocencio, ahora que nadie podía sorprenderlo, la contempló con rabia y con odio. Por sus pupilas, aceradas y grises, pasó como una llamarada la infidelidad de su mujer y la traición del amigo.

—Se acordarían los dos! ¡Vaya si se acordarían! ¡Bueno era Inocencio para aguantar agravios sin vengarse! ¡Bastante habían gozado a su costa! Me parece que era justo ya que él entrase en escena. Por lo pronto allí estaba a su disposición la mala hembra, flácida e inerte como un guñapo. ¡Vaya si dormía con tranquilidad la muy infame. El sueño era profundo; pero dentro de unos momentos lo sería más. Sonrió diabólicamente. Luego avanzó hasta colocarse junto a la cabecera del lecho, y en silencio siguió contemplando a la enferma, que respiraba con normalidad. Después, los ojos penetrantes de Inocencio se clavaron en uno de los brazos de la infiel, que, desnudo hasta el codo, resaltaba entre las ropas del embozo. Era un brazo rollizo, de piel morena y levemente rosada. Una venda muy blanca le ceñía la muñeca. El aldeano clavó sus pupilas de lobo en las gasas y en los algodones que servían de tapón a la heridita hecha por el lancetazo. Por aquel sitio había brotado momentos antes la sangre, una sangre cálida y espesa, que casi se cuajaba al deslizarse en un pequeño recipiente. Ahora, el rostro exangüe de la mujer parecía de hueso. Y sus manos abiertas, y con los dedos rígidos, simulaban las manos de un pelele.

No había tiempo que perder. Las resoluciones de alguna importancia llevávanse a la práctica velozmente, como se asesita una puñalada en el corazón de un enemigo. Volvió a sonreír, con una sonrisa indefinible. Lanzó una nueva mirada a la adúltera, y con suavidad—no lo haría con tanta ternura al intentar acariciarla—, una de las garras del Inocencio, ¡oh, prodigio!, se posó como una mariposa sobre aquel brazo moreno, mientras con la otra hurgó también con gran cuidado en el vendaje que oprimía la muñeca de la esposa infiel. Satisfecho de su inspección, el aldeano se dispuso a efectuar algo nimio y sin trascendencia. Con parsimonia buceó en los bolsillos de su traje negro de charro y sacó una navajita de hoja larga y delgada. Después, con habilidad de curandero, levantó suavemente el brazo de su mujer e introdujo el arma por los pliegues de la venda, hasta que logró despegar de la herida reciente los algodones y las gasas.

El vendaje, seco, limpio y blanco momentos antes, fué humedeciéndose y cambiando de color lentamente hasta con-

vertirse en rojo; pero un rojo trágico que brillaba como si estuviese barnizado. Era la sangre, que ya fluía sin cesar por la herida abierta y que ahoga iba sembrando el campo del lecho de amapolas infernales.

El padre de la Eufrasia, un viejecillo de rostro enjuto y de pupilas tan penetrantes y tan grises como las del Inocencio, miraba a la muerta con esa fijeza de los obsesionados por un pensamiento sombrío. Al cabo de unos instantes pareció salir de su ensimismamiento, y con sus manos curtidas y negruzcas palpó la carne fofa del brazo de su hija y los algodones teñidos de sangre. Nadie se explicaba lo ocurrido. Trataron entonces de exigir responsabilidades a don Ezequiel; pero el médico, con la ayuda de un compañero que se prestó a salvarlo de aquel compromiso, pudo demostrar en un informe, ayuno de sintaxis, pero ahito de razones, que había cumplido con su deber.

Como el viejecillo no se conformaba e insistía en considerar culpable al doctor, Inocencio trató de poner paz, y, fingiendo una gran tristeza, afirmaba que aquellos momentos no eran los más a propósito para discutir, sino para llorar la desgracia.

A esas frases saturadas de melancolía no replicó el anciano; únicamente las pupilas grises quedaron unos momentos fijas en el rostro dolorido de su yerno.

En la aldea conocían algunos los amores ilícitos de la Eufrasia con Isabelo. De modo que a raíz del trágico suceso susurrábase en voz baja por ciertos sitios que Inocencio se había tomado la justicia por su mano. Este calderoniano proceder del esposo engañado contaba en el pueblecito con la simpatía de todos sus habitantes. Ahora esperaban con impaciencia y curiosidad lo que el aldeano intentaría hacer con el cacique. Los más atrevidos, sonriéndose cazurramente, decían que no daban por la cabeza del Isabelo ni un puñado de lentejas. Inocencio, ya lo sabían todos, no era hombre que se dejase arrebatar los cuartos ni la mujer.

Aguardaban, por lo tanto, la continuación del drama, cuando, con gran sorpresa, llegó a oído de los murmuradores que el amante había estado en la casa del marido a darle el pésame por la desgracia, y que, ante la estupefacción de todos los presentes, cambiaron un abrazo como de amigos inseparables.

Este hecho insólito e inesperado avivó la curiosidad y el entusiasmo en las discusiones, y mientras unos afirmaban que el pobre esposo estaba aún en la higuera y que la muerte de la Eufrasia debía ser sólo a una torpeza del médico, otros daban por cierto que el Inocencio sabía más que un notario, y que después de haber mandado al otro barrio a su mujer, expediría, con idéntico misterio, un pasaporte de la misma especie para el galán conquistador.

Estaba Isabelo en la cocina de su casa terminando de arreglar cuentas con una cuadrilla de segadores portugueses, cuando le avisaron que su amigo Inocencio deseaba hablarle. El cacique dió un respingo como un jaco al sentirse castigado por las espuelas del jinete. Después, fingiendo una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, repuso con voz algo temblorosa:

—Pásalo a mi despacho y dile que voy en seguida.

Sonrió el criado del alcalde, mozo con rostro de presidiario y auxiliar del Isa-

belo en todas sus correrías amorosas, y desapareció para cumplir la orden recibida.

Mientras despachaba a los segadores sintió el gallo castellano que se le subía algo a la garganta, y que cambiaba de color como ante la proximidad de un peligro. Al fin, pudo dominarse, y acariciando con sus dedos el metal de una pistola que llevaba siempre en un bolsillo del pantalón, entró en el despacho, donde ya Inocencio aguardábale, serio y enlutado por la reciente desgracia.

Una rápida ojeada bastó a Isabelo para comprender que su antiguo amigo no iba en busca de gresca. A juzgar por el semblante de hombre-resignado y por su mirada de afecto y de lealtad, el pobre seguía ignorando su deshonra.

—Aquí me tienes, hombre. Y perdona si he tardado un poco. Debías de haber entrado en la cocina. Ya sabes que esta casa es la tuya.

—¡Gracias, Isabelo, gracias! Sé que eres un amigo de verdad. Por eso vengo a verte.

—Habla sin reparo, chacho, que como sea cosa que corra de mi cuenta, desde este momento puedes considerarte servido.

—No esperaba yo menos de ti. Ya sabes que de niños fuimos camaradas en juegos.

—Lo sé y no lo he olvidado, Inocencio; pero no te entristezcas tanto. Piensa que lo malo y lo bueno en este mundo viene de Dios. No podemos rebelarnos.

—Te sobra razón. Pero ¡qué quieres! Soy débil, y desde la muerte de la pobre de Eufrasia siento un vacío grandísimo como si me faltara media vida. Yo la quería con locura, Isabelo. Llevo unos días como idiotizado. Necesito la compañía de un amigo leal y cariñoso como tú que me anime y me consuele. Además, te ruego, y para eso precisamente he venido, que hagas lo posible por salvar al médico. Jura y perjura que colocó bien la venda. Oír hablar más de este asunto me entristece. Lo pasado ya no tiene remedio. Si con la condena del doctor mi mujer resucitara, todo lo daría por bien empleado. Pero no siendo así, ¿qué salimos ganando?

—¿Quieres entonces que yo hable con el juez para que eche tierra al asunto?—insinuó sutilmente el cacique.

—Tú haces lo que te parezca, Isabelo. Yo sólo deseo en estos momentos de amargura tranquilidad, aunque por conseguirla tuviese que hacer entrega de mis caudales.

—Bueno; pues no te preocupes y ten la certeza de que se arreglará todo a medida de tu deseo.

—¡Gracias, gracias! No esperaba yo menos de ti—silabeó Inocencio, dejándose caer en sus brazos, mientras fingía una gran pesadumbre.

El rostro del marido engañado permaneció unos momentos sobre el pecho hercúleo y membrudo del cacique. Al oír los latidos de aquel corazón que odiaba tanto, pensó mordier allí para sacárselo a dentelladas como un lobo hambriento de la serranía. Este insano deseo le acució de tal forma, que sólo a costa de un gran esfuerzo de voluntad pudo vencer la tentadora y criminal idea.

Ajeno al peligro que rondaba en torno suyo, el alcalde sonreía, burlándose en silencio de aquellas muestras de cariño y de lealtad. Mientras tanto, sobre el pecho del cacique las pupilas grises del aldeano se animaban de diabólicos reflejos y eran, entre las sombras, como dos puñalitos fatales y misteriosos.

Isabelo, después de la entrevista celebrada con Inocencio, tuvo casi la evidencia de que su amigo, a pesar de las

frases de afecto y de confianza, le ocultaba algo. Aquel afán de salvar al médico, aunque hubiese cometido una imprudencia en la operación de la sangría, y la extraña lividez que cubría su rostro cuando hacía recordar la muerte de Eufrasia, demostraba que en todo esto había gato encerrado. ¿Qué hacer? ¿Cómo enterarse?

Recapitemos con calma—decíase a sí mismo el alcalde—. Hasta ahora, de mí no desconfía. De lo contrario no se hubiera presentado en casa buscando ayuda y consuelo. De la infidelidad de su mujer está enterado, indudablemente. Como también es cierto que ignora quién ha sido el ladrón de su honra. Aunque lo sepan algunas personas de la aldea, ninguna de ellas es capaz de ponerme en un compromiso. El cacique es sagrado aquí y en la China. ¡Pues no faltaría más! Mientras todo siga como hasta ahora yo no pierdo nada en mostrarme atento y cariñoso con Inocencio. Así, siendo cada día más amigo suyo, podré enterarme de lo que me interesa. Inocencio es zorro viejo. La defensa del doctor no ha sido hecha a humo de pajas. Tiene recámara mi compañero de la niñez. ¡Vaya si la tiene!

—¿De modo que no hay medio de exigir responsabilidades?

—No, señor.

—Está bien. Por lo visto, los médicos en España son inmunes. Pueden hacer todas las barbaridades que se les antoje sin temor de ir a presidio.

—Aquí el caso varía, ¿sabe usted? Afirman los peritos que pudo aflojarse la venda, por movimientos bruscos durante un sueño agitado. Ante estas razones hay que callarse. Además, nuestra desgracia ya no puede ser mayor de lo que es. ¿Qué adelantamos con ir removiéndolos todos los días nuestras penas?

—Sí, tienes razón; pero se trata de mi hija, en la que puse todas mis ilusiones de viejo.

—¿Acaso yo no la quería tanto como usted?

—¡Qué duda cabe! Y por eso me sorprende mucho más que no quieras proceder contra ese médico imbécil que nos la mató en lo más granado de su vida.

—¿Vuelve usted a lo mismo?—replicó Inocencio, sin poder disimular su disgusto.

—Ya lo creo, y volveré siempre sobre lo mismo, porque no me conformo.

—En ese caso no le extraña a usted que deje de venir por su casa—; y añadió zahareño:—acudo aquí en busca de consuelo y sólo tiene usted para mí frases de censura. ¡No me haga hablar! Bien sabe usted que no podemos acusar al médico porque lo protege Isabelo. Si vamos en contra del cacique y de sus partidarios ya podemos empezar a liar los bártulos y a marcharnos de la aldea.

—Tal vez estés en lo cierto; pero te vuelvo a repetir que se trata de mi hija, sabes, de mi hija.

Y el viejo, al decir esto, se llevó un pañuelo a los ojos para apagar el fuego de sus lágrimas.

Una rabia sorda, feroz y agazapada en lo más hondo de su pecho consumía a Inocencio. Tres meses habían pasado ya desde la noche maldita en que descubrió el engaño de su esposa y la traición de Isabelo. Tres meses esperando el momento oportuno de poner en ejecución su venganza contra el amigo desleal. Iba con él a todas partes y hasta hubo días que se emborracharon juntos. Era para volverse loco. Mientras tanto, el odio, como un cáncer, le roía hasta en las entrañas. En tres ocasiones estuvo a punto de deshacerse de su enem-

go, y las tres fallaron por falta de decisión y de serenidad en el momento del peligro. Inocencio quería suprimir al cacique sin comprometerse, sin dejar rastro alguno de su venganza. Y en las tres ocasiones presentadas tuvo que desistir ante el temor de ser descubierto. La primera vez intentó envenenarlo disolviendo una pastilla de sublimado en una copa de vino; pero cuando iba a poner en práctica su idea se dio cuenta de lo peligrosa que resultaba. La segunda vez pensó en marchar a la capital, y allí buscar el medio de relacionarse con algún granuja y contratar el asesinato del Isabelo con la misma calma que negociaba la cosecha de sus campos. También desechó esta idea, sobre todo por cara. Seguramente le pedirían unos miles de pesetas, y, la verdad, no estaba dispuesto a salir robado por el Isabelo doblemente: en vida, disfrutando de la Eufrasia, y ya muerta, disponiendo de una parte de sus peculonas. La tercera vez tampoco ocurrió nada, y eso que nunca estuvo tan cerca de la sepultura del Don Juan aldeano. Inocencio hallábase en un monte que lindaba con unas tierras del cacique. Aquella tarde Isabelo pasaría cerca de allí, de regreso al pueblo, cuando el crepúsculo empezara a llenar de sombras los campos. Escondido entre unos matorrales, y como quien acecha a un conejo, aguardábalo Inocencio desde que el sol comenzó a descender.

Con bala, su escopeta de fuego central era una maravilla. ¡Menudo pedazo de plomo le iba a meter entre ceja y ceja. Y si fallaba el primer tiro, allí tenía el otro cañón del arma para no dejar las cosas a medio concluir. Ya se oían las pisadas. Unos minutos más, y el alcalde cruzaría por la vereda, solo y descuidado. Preparó el arma. Ahora pagaría todas las maldades que había cometido. La presunta víctima pasaba ya delante de él, con andares de fanfarrón y de jaque. En este momento pensó en todas las consecuencias del asesinato. Le horrorizaba verse envuelto en las redes de la justicia. No; no tiraría. Los asuntos graves sólo podíanse resolver con prudencia. Y el cacique, que se había salvado milagrosamente del veneno y del criminal mercenario, salvábase ahora también, como si fuera dueño de un talismán prodigioso que tuviese la virtud de alejarlo de todo peligro.

—Trae más vino, hombre, que aquí el amo de la aldea tiene resaca la garbanta.

Estaban Inocencio y el cacique en un cuartito de la taberna del Maragato. Habían caído allí al regresar de una correría por unas tierras del Isabelo cedidas en renta a varias familias vecindadas en una aldehuela del contorno. Inocencio notaba hoy más alegría que de costumbre en el rostro del cacique. ¿Sería

el vino, o era que el muy ladrón había logrado, al fin, la mujer de uno de sus colonos? Pues lo que es hoy hablaría, ¡vaya si hablaría! Llenó de nuevo las copas y, ofreciendo una a su amigo, le dijo sonriéndose:

—Isabelo, vamos a brindar por que madure pronto esa nueva conquista.

Con fatuidad asquerosa lanzó una carcajada el cacique y repuso:

—Brindemos si te parece; pero te advierto que tan maduro está el fruto de ese árbol que esta noche misma se me deshará en la boca.

—¿De veras? ¿Pero qué le das tú a las mujeres, bandido?

—Jarabe de labia, y cuando esto no basta suelo agregar unos papelillos que, al tomarlos la enferma, se convierten en monedas de plata.

—¡Muy contento estás hoy, chacho!

—No puedes tú figurártelo. Llevo de-

Lívido de rabia, pero fingiendo una gran serenidad y clavándose las uñas en las manos para detener el impulso homicida, Inocencio repuso, algo sombrío:

—¿Y qué trato es ese?

—Ya te has puesto serio, hombre. No te apures que no te pienso hablar de intereses. El trato es galante, ¿sabes? Yo te enseñaré cómo se conquista a las mujeres. Claro es que amigos como dos hermanos, pues ya sabes que en el drama Don Juan es una mala persona, que mata a Don Luís después de birlarle la novia.

Y el cacique abrazó a su camarada, y, ya completamente borracho, comenzó a reírse como un idiota.

Inocencio, al día siguiente, se levantó más temprano que de costumbre. En toda la noche había podido dormir. ¿Era

se detuvo y exclamó angustiosamente: —¡¡Una desgracia horrible!! ¡Mi amo que lo ha matao esta noche uno de sus colonos, de tres puñaladas en el corazón!!

Inocencio ocultó el rostro entre las manos, y, fingiendo llorar, sonrió lleno de júbilo. El anónimo al marido vengador había llegado a tiempo.

Hasta varios meses después de la muerte del cacique no supo el suegro de Inocencio que su hija hubiese mantenido amores adúlteros con Isabelo. Aquello fué como la revelación de muchas cosas inexplicables. En los ojos acorados del viejecillo brilló la luz que iluminaba las tinieblas del pasado. ¡Sí! Tenía ahora la certeza de que la Eufrasia había sido asesinada por su yerno. Pero ¿cómo demostrarlo? ¿Tendría que callar siempre? ¿No conseguiría nunca arrojar al rostro de Inocencio aquella infamia? ¿Qué pruebas mostraría? Pruebas, ninguna. Indicios, muchos: la entrada en la casa rompiendo las cerraduras, el retraso al tomar el tren, y luego, lo más significativo, la defensa insólita hacia el médico que efectuó la diabólica sangría... ¡Sí! Inocencio se había vengado del engaño misteriosamente, con maligna socarronería castellana. ¡Oh, si él pudiera arrojarle al rostro su vileza!

Celebrábase en la aldea la boda de Inocencio con una real hembra, rica y guapa. El vino corría en abundancia. Al casamiento no acudió la familia de la primera mujer. Todavía guardaba luto por la desgracia ocurrida en el año anterior. Alguno de los invitados al casorio afirmaban con mucho misterio que el viudo había olvidado demasiado pronto a la muerta. Inocencio, radiante de gozo, recibía y agasajaba a todos sus amigos. Ni por un momento pasó por su frente la tristeza del recuerdo. La fiesta llegaba a todo su apogeo. Jamás hubo en la aldea boda de más rumbo. Hasta muy tarde estuvieron los mozos bebiendo y bailando en la plaza. Blanca de luna y con sus estrellas rosadas y verdosas, la noche era de una infinita belleza.

El día del pardo, muy de mañana, Inocencio recibió la visita de su antiguo señor. Venía vestido de negro y con una tristeza digna y serena reflejada en sus ojos cansados. El rostro de Inocencio palideció tanto como el de su primera mujer en la noche inolvidable y trágica; pero el viejo le tendió la mano, y, suavemente, sin una lágrima, sin un temblor, le dijo, fingiendo la dulzura de un consejo leal:

—Que seas muy feliz con la nueva parienta; y si no te sale buena, ya sabes el remedio: ¡¡sángjala!!

José MAS

Ilustraciones de BARTOLOZZI.



trás de esa hembra, sin conseguirla, mucho tiempo. Dentro de unas horas estará en mis brazos, y ya ves, me parece mentira.

—No te preocupes. De esa faena saldrás bien, como has salido de otras. Anda, bebe, que el vino en estos casos ayuda y presta energías.

Necesitando aturdirse un poco para hacer más llevadero el tiempo que faltaba hasta el momento de la cita, el alcalde seguía bebiendo, y distraído por la conversación no se daba cuenta de que Inocencio llenábase el vaso con frecuencia.

—Bueno. ¿Y qué has hecho con el carnero para que no tope?

—Mandar a Medina en el tren de esta noche, con el pretexto de que me vendía mañana en el mercado unas fanegas de garbanzos. Medina me ha salvado a mí de muchos apuros.

Y al decir esto, el semblante del cacique se animó de una sonrisa indefinible, y sus pupilas, ya casi turbias por un principio de borrachera, parecían burlarse de su amigo y paisano.

—¿Quieres que hagamos un trato?— añadió irónico.

posible que se salvara Isabelo de aquella encerrona? Muy nervioso salió a la calle. Nada extraordinario ocurría. En la plaza se detuvo a charlar un rato con el barbero y el farmacéutico. Hablaron de la mala cosecha de aquel año, debido a la escasez de lluvia. Crecía la mañana. Ya el sol iba dorando la torre de la iglesia. Alrededor de una fuente descascarillada y gris empezaron a revolotear las golondrinas. Con más frecuencia pasaban ahora los campesinos, llevando los aperos de labranza al hombro. Pasaban también yuntas de bueyes y de mulas, arrastrando el mástil del arado sobre la tierra endurecida.

A cada momento más intranquilo y más excitado, Inocencio ya casi no atendía a la conversación entablada con el farmacéutico y el barbero.

De súbito, por una de las callejuelas irrumpió en la plaza, como enloquecido, el guarda de las viñas del cacique.

—¿Qué ocurre? ¿Adónde vas tan de prisa?— preguntó Inocencio con ansiedad, sintiendo que volvía a renacer en su pecho la esperanza ya casi perdida.

Muy pálido y tembloroso, el guarda

LIBROS RECIBIDOS

Hampa y miseria, por José Más.—Entre sus «Novelas sevillanas»—y todas ellas (*La Bruja*, *La Estrella de la Giralda*, *La orgía* y *Por las aguas del río*) son obras que bastarían para darle a su autor ejecutoria de gran novelista—, este último libro, *Hampa y miseria*, se destaca con vigoroso relieve. José Más, profundo observador, recio temperamento dramático, labra sus novelas en la misma cantera de la vida. Durante la lectura de sus obras, los personajes que arriancan de la realidad viven tan cerca de nosotros, que hasta sentimos su aliento en nuestro rostro y el latir de sus corazones en nuestros propios pulsos. Por eso emocionan tan hondamente sus libros, escritos en un estilo vibrante y de prodigioso colorido.

Dominadoras, por Rafael López de Haro.—El ilustre autor de *La Imposible* y *El más grande amor*, entre otras novelas admirables por su interés y su valentía, nos ofrece en *Dominadoras* una

prueba más de su gran talento de novelista. Esas *dominadoras* son todas mujeres de carne y hueso, con las que diariamente convivimos, por las que se rige el ritmo de nuestra vida y a cuyos pies, finalmente, a menudo con el alma rota para siempre, caemos rendidos. Bello libro lleno de verdad, de la amarga verdad de la vida.

La Peliculera, por Fernando Mora.—Esta novela, deliciosamente escrita, de castizo sabor madrileño, que se desborda por sus páginas ligeras, alegres y picantes, es una fina sátira contra las malas películas, que tanto abundan por esos cines de Dios, o del diablo, mejor, y, en general, contra la estulticia ambiente, tan aficionada a esas cintas truculentas y arbitrarias, escuela de malas costumbres, que está pidiendo a gritos la intervención de un censor severo.

Vidas arbitrarias, por Antonio de Hoyos y Vinent.—Las figuras que a través de este libro singular vemos pasar ante nuestros ojos en un dramático desfile, las cataloga su ilustre autor de esta

manera: vidas remotas, vidas ejemplares, vidas imaginarias, vidas paradójicas, vidas pintorescas, vidas extravagantes, vidas extraordinarias y vidas lamentables. Hoyos y Vinent, con esa serenidad que es en él característica y que ante nada se detiene ni retrocede, nos ofrece en este libro inquietante y polícromo la magistral disección de unas vidas extrañas, hecha con tales manos de artista, que en todo momento, aun en aquellos en que el sarcasmo pone tamblores de calofrío, nos encanta y seduce.

Matrimonio civil, por M. Maryan.—R. Arizcu ha hecho una fiel traducción del francés de esta interesante novela.

El collar de Wanderer, por Rider Haggard.—Esta notable obra del célebre escritor ha sido correctamente traducida del inglés por Diz Tirado.

Mis mujeres, por Carlos Chies.—Es un libro ameno, interesante y sugestivo. Fuera de España durante muchos años,

Carlos Chies reaparece en esta nueva etapa de su vida literaria con una obra de verdadero mérito. En *Mis mujeres* hay grandes aciertos; el estilo de que se sirve su naturalismo de buena ley es brillante y lleno de galanura.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Sagasta, 14.—MADRID—Apartado 502

Algunas obras recientes:

	Pesetas.
EL AÑO ARTÍSTICO 1922, admirable enciclopedia artística, por el ilustre crítico José Francés..	12
EL EVANGELIO DEL AMOR, segunda edición, por E. Gómez Carrillo.....	4,50
EL MAL POEMA, versos, por el ilustre poeta Manuel Machado.	4
LAS HOGUERAS DEL ODIOS, ensayos, por el Dr. César Juarros.	5
LA DESCONOCIDA, novela, por Mariano Benlliure y Tuero.....	4

En todas las librerías y en las estaciones del ferrocarril

Concesionario de venta:

RIVADENEYRA, Gran Vía, 8 y 10

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

QUIOSCO
DE
EL IMPARCIAL
CALLE DE ALCALÁ
ESQUINA A BARQUILLO
Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones



NERVIOSINA DE T. GONZALEZ De venta en farmacias

CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA
BÓVEDA

(Lugo)